

CAPITULO II.

DONDE SE DA UNA LLERA IDEA DE LAS COSAS DE LA FLORIDA, Y PROSIGUE Y CONCLUYE EL EPISODIO DEL CAPITULO ANTERIOR.

A JUZGAR por los datos, en verdad no muy terminantes, que envueltos, como es natural, en la nebulosa atmósfera de las preocupaciones de la época, nos suministran las crónicas relativamente á la Florida, era aquella rejion todavía en el último tercio del XVI siglo, una de las menos civilizadas de la América del Norte; y tanto que, comparándola á la Nueva-España, podia con razon sobrada calificarse de pais enteramente bárbaro.

No obstante, los moradores de la parte Norte de aquel pais, hallándose en contacto mas ó menos frecuente con los mexicanos y otras naciones relativamente cultas, vivian vida social en pueblos rejidos por caciques y leyes ajustadas á sus necesidades y conocimientos, al paso que los habitantes de lo interior y del Mediodia de la península, que ahora episódicamente nos ocupa, conservábanse en el estado salvaje mas completo que imaginarse puede.

Nómadas todos los últimos, desconocian completamente la agricultura, alimentándose del producto de la caza y de la pesca, de los frutos espontáneos de la tierra, de raices secas, y si hemos de creer á los historiadores casi contemporáneos del descubrimiento, de arañas, huevos de hormigas, gusanos, lagartijas, y todo jénero de culebras, entre las cuales unas de carne tan ponzoñosa que, comida por cualquiera otra persona que los indios de la Florida, le causa infaliblemente la muerte. Pero todavía, á pesar y ademas de la ya singularísima y no apetitosa lista de comestibles que acabamos de escribir,

quiere el P. Torquemada que comiesen, y copiamos literalmente sus palabras: tierra y madera, y EL ESCREMENTO Ó ESTIÉRCOL DEL VENADO.

Estraña y sucia parece tal costumbre: pero ¿no pagan los chinos á peso de oro, para regalarse con ellos, los nidos de cierto pájaro que con sus propias secreciones fecales los edifica? ¿No comemos nosotros con deleite vivo y palpitante, al infeliz molusco que llamamos ostra? Seamos, pues, indulgentes con los indios, y respetemos en el estado de barbarie aberraciones del gusto, no muy superiores por cierto á las que en el apojeeo de la civilizacion hallarse suelen con sobrada frecuencia.

Pero, á mayor abundamiento, hay que alegar en favor de nuestros indios de la Florida que, si bien se nutrian de alimentos poco delicados unas veces, y no muy limpios otras, al menos no puede acusársete, como á los caribes y mexicanos, de haber incurrido en la horrenda costumbre de comer carne humana; costumbre que, por el contrario, tal y tan profundo horror les causaba, que en virtud de él puede explicarse en gran parte el tenaz encarnizamiento con que constantemente miraron y combatieron á los europeos.

En efecto, el año de 1528, Pánfilo Narvaez, especie de tizon humano, al parecer por la Divina Providencia consentido solo para que con su implacable envidia y locas empresas, hiciese resaltar mas cada dia la inmarcesible gloria de Hernan Cortés, no contento con haber comprometido en cuanto pudo el écsito de la conquista de Nueva España, y humillado, pero no correjido, con la ignominia de su derrota en el Anáhuac, logró al fin á fuerza de intrigas y bajas adulaciones en la corte, que los ministros de Felipe II le agraciasen con el título de adelantado y gobernador de la Florida. En vano desde los primeros pasos de su empresa le advirtió el destino el mal écsito que le preparaba, haciendo intérpretes de su enojo, al cielo con tempestades y al Océano con borrascas: al compas de los rigores del hado, acumulaba aquel mal aventurado caudillo sus desaciertos. Supliendo en él la vanidad á la grandeza de ánimo, y la obstinacion á la razonada perseverancia, aportó al cabo á las playas de la inculta península, preguntando por lo que buscan constantemente las almas codiciosas: por el oro, sin el cual no aciertan á engrandecerse los que Dios hizo pequeños de espíritu.

Allí y entonces, como en todas partes y siempre, castigó la fortuna con sus desdenes, y castigó con justicia, si bien severa, pues no atendiendo al parecer de los hombres experimentados, y sin bastimentos, y con reducido número de caballos, por una penosa navegacion estenuados, y con tropa ya sin alientos á influjo de incesantes reveses, internóse en las inmensas llanuras de aquella tierra en vejetacion escasa, en pantanos abundante, despoblada, y para él completamente desconocida, de la cual pudieran decir los indios lo que Alfonso de Cantabria de las montañas de Cantabria,

"cuyos senos  
"ofrecen á la sed del africano,  
"en vez de oro y placer, virtud y fierro."

con solo trocar algunas palabras, porque, en verdad, flechas agudísimas y emponzoñadas hallaron los nuestros, en vez de los abundantes veneros de oro que la codicia de su jeneral había soñado.

No es ahora de nuestro propósito seguir á Pánfilo Narvaez en sus infinitos errores y absurdos desaciertos, ni tampoco en los durísimos trabajos y privaciones inauditas que, tan sin fruto como sin objeto, sufrió y sufrir hizo á los que gobernaba: bástenos decir que, afligido su ejército por el hambre, la sed, las enfermedades, y la constante incansable hostilidad de los indios, despues de haber vagado dilatados dias, corriendo sin rumbo un espacio de mas de trescientas leguas de tierra desierta y árida, tuvo que construir de mala manera algunas barcas, en las cuales, sin víveres, ni brújula, ni piloto, se embarcaron los restos de la expedicion, entregándose á merced de un mar inquieto y bravo, precisamente en la costa y estacion mas fecundas en espantosas tormentas.

Aconteció, en consecuencia, lo que acontecer debía: de isla en isla, de playa en playa, hoy la falta de alimento y de agua, mañana el abuso de un inesperado alivio; durante el dia las olas, por la noche las flechas de los indios, fueron sucesivamente arrebatando la vida á los infelices españoles, hasta reducir á insignificante número los maltratados restos del ejército expedicionario.

¿Quiere el lector formar cabal idea de qué hombre era Pánfilo Narvaez, y hacerse cargo de su aptitud para rivalizar con el ilustre vencedor de Otumba? pues lea aun algunos renglones de este episodio, y podrá por sí mismo resolver la cuestion.

Acababa la derrotada flotilla de salir de una playa de la Florida, abandonando en ella á dos desdichados cristianos, griego el uno y africano el otro, que en obsequio de sus compañeros de desgracia se habian prestado á ir en busca de víveres con ciertos indios traidores, los cuales les dieron muerte, sin embargo de haber antes dado rehenes para asegurar sus personas. Era de noche; embravecióse súbito el mar, y saltó furioso el viento, separándose á su impulso las tres únicas barcas que, aun flotando, quedaban de todas las que al agua se botaron para la huida. Quiso, no obstante, el cielo piadoso, que al ser de dia se avistaran recíprocamente aquellos frájiles bajeles; y el tesorero de la expedicion, Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, cuya embarcacion habia mas que ninguna de las otras padecido, acudió á la capitana solicitando que le dieran un *cabo*, y le remolcaran hasta tierra, supuesto que Narvaez llevaba consigo la jente mas robusta y menos fatigada. Es de advertir, y queremos hacerlo para poner bien de manifiesto la índole de Pánfilo Narvaez, que desde que este trató

de penetrar en lo interior de la Florida, opúsose Cabeza de Vaca, sosteniendo que lo conveniente era explorar la costa, manteniéndose siempre á vista de la escuadra, y en disposicion, tanto de acogerse á los buques en caso de un reves, como de abastecerse de víveres por su medio. A tan prudente consejo, no solo contestó Narvaez con menosprecio, sino que, atribuyendo ó aparentando atribuir á pusilanimidad las juiciosas observaciones del tesorero, invitóle con irónica deferencia á quedarse en las naves, al emprender él su desdichada marcha. En tal conflicto, Cabeza de Vaca, que habia hablado como cuerdo, obró como subordinado y valiente, siguiendo á su jeneral, y siendo uno de los mas sufridos y perseverantes de todos los individuos del ejército, en la dilatada serie de sus cruellísimos reveses.

Pues, ahora bien: ese hombre que, con los ojos abiertos y previendo la catástrofe muy de antemano, por obediencia y pundonor llevaba ya corridos gravísimos riesgos, viéndose en el inminente de hundirse con los que tripulaban su barca en el seno de los mares, tiende los brazos á Pánfilo Narvaez, diciéndole: *Dadme un cable ó perecemos todos.*—¿Y cuál es la respuesta del que como caballero, autor y caudillo de la expedicion, estaba estrechamente obligado á dar ejemplo de abnegacion y heroísmo, sacrificándose por todos aquellos á quienes su impericia y mala fortuna pusieron en tan duro trance?—Su respuesta fué negar el cable, diciendo: *que aquel era tiempo de mirar cada uno para sí!!!* (1).

Y si Cabeza de Vaca no lograra alcanzar la otra barca, en que por dicha suya iban los capitanes Tellez y Pantoja, caballeros dignos de tal nombre, de mejor fortuna, y de no tan indigno jefe, allí pereciera con todos los suyos.

Fácilmente se comprenderá que en tan desdichadas circunstancias y por tal hombre gobernada, la ruina de la expedicion fuese completa; y fuélo tanto, que de entonces acá no ha vuelto á tenerse noticia de los mas de los que por su desdicha la compusieron.

Salvóse, empero, Cabeza de Vaca milagrosamente, con alguno que otro de sus camaradas, despues de padecer durante años cautividad estrecha y horrendos trabajos; y en cierto punto de la costa, ya sin barco, ni armas, ni bastimentos, ni ropas con que cubrirse, quedaron cinco españoles, cuyos nombres ha conservado la historia, y eran los siguientes: Sierra, Corral, Palacio, Diego Lopez y Gonzalo Ruiz. Esos llegaron á tal y tan casi increíble punto de infelicidad, que, viéndose en la alternativa de morir todos de hambre, ó *comerse* unos á otros, optaron por el último lastimoso extremo, llevándolo á cabo con, no sabemos si decir desdicha ó ferocidad tan sin ejemplo, que muertos y devorados fueron los cuatro primeros, hasta quedarse solo

(1) HERRERA, historia de las indias Occidentales, década IV, libro IV, capítulo VII.

el quinto, Gonzalo Ruiz, que quisiera mas la muerte (dice la crónica) que verse vivo en tan lastimoso estado.

Pero el hecho es, y para probarlo entramos y nos estendimos tanto en la anterior digresion, que á la cuenta quiso el destino que á los españoles, por culpas de un vano ambicioso, les cupiera la mala suerte de ofrecer á los indios de la Florida el horrible espectáculo de devorarse unos á otros los hombres, horrorizándolos de tal suerte, que por de pronto estuvieron para pasar á cuchillo á todos los prisioneros que en su poder tenían, y para lo futuro quedóles la preocupación de considerarnos como á dañinas fieras.

Verdad es que, en tristísima compensacion de aquel ódio, fué tan grande el horror que desde la merecida desventura de Narvaez tomaron los españoles á la Florida, que en el espacio de once años, siendo como era la raza peninsular entonces, y singularmente la parte que de ella acudia al Nuevo Mundo, tan fecunda en valor temerario, como en meticulosa prudencia escasa, no hubo un solo hombre que, por amor á la gloria ó por codicia de mando, osara ofrecerse á explorar sus tierras y subyugar á sus indómitos naturales.

Solo el año de 1539 Hernando de Soto, el célebre teniente del célebrísimo Francisco Pizarro, hizo proposiciones al rey para conquistar la Florida, y admitiéronsele con tal prevencion de ser la empresa imposible ó poco menos, que no solo no se le escatimaron las condiciones, sino que se le concedió como preliminar, nada menos que el gobierno de la isla de Cuba, punto que el experimentado conquistador eligió para cuartel jeneral y base de sus operaciones.

Fuera de nuestra jurisdiccion las hazañas de aquel gran soldado, bástanos consignar que, al cabo de cuatro años de incesante lucha, con teson sostenida, y tan hábil como valerosamente sustentada, succumbió Fernando de Soto en la flor de su edad viril, no á las armas de sus enemigos, sino bajo la mano del Arbitro de la vida humana, que le destruyó por medio de unas malignas calenturas. Además del tiempo y de la sangre que copiosamente se invirtieron en aquella jornada, gastó Soto cien mil ducados de su hacienda en ella, pero ni perseverancia, ni saber, ni denuedo, ni dinero, bastaron á domeñar á los incultos indios. Muerto el ilustre lugar-teniente de Pizarro, ni Luis de Moscoso de Alvarado, su inmediato sucesor, era hombre de proseguir la conquista, ni cuando él quisiera, hubiéranle en la empresa asistido las tropas.

Con grandes trabajos, pues, y á costa de esfuerzos casi increíbles, embarcándose en un rio que llamaron *grande* y presumían ser el de Santa Elena, salieron de la Florida, abandonándola despues de cruel y larga guerra, los españoles, en los últimos meses del año de 1543.

En 1559, siendo virey de México D. Luis de Velasco, el padre, emprendió la conquista de la Florida D. Tristan de Luna y Arellano, caballero de alto linaje, con un ejército de dos mil castellanos y seis-

cientos indios: mas igualmente desgraciado que sus predecesores, si salvó la vida fué merced al socorro que le envió Velasco con el capitán Biedma primero, y mas tarde con Anjel de Villafañe, en quien se tuvo por hazaña y gran servicio que sustrajese al furor de los salvajes los restos de la expedicion desgraciada.

Antes de esa expedición ya una vez, mas por vias pacíficas, volvió á intentarse la conquista, que fué en 1549, obteniendo el P. dominico Luis Cáncer, con otros tres de su Orden, licencia del rey y un navío para ir á evangelizar en la Florida. Dos de los frailes, entre los cuales uno el mismo P. Cáncer, fueron asesinados, y los otros dos, llenos de espanto, hubieron de regresar á España.

Tal era la tierra en que Catalina y el bravo desaparecieron la noche de que en el capítulo anterior tratamos largamente, siendo de creer para sus compañeros de navegacion que, extraviándose en el bosque, dieran en manos de los salvajes, y por consecuencia en brazos de la muerte; porque, si bien no antropófagos, los indios de la Florida mostráronse siempre feroces y crueles con extremo, sobre todo con los cristianos europeos.

Algo habia oido de eso el célebre Corta-orejas, pero siendo de suyo poco crédulo, y juzgando además de los indígenas del Nuevo Mundo en jeneral, por los que tratara en Nueva-España, esclavos unos, degradados otros, y ya sometidos todos á la dominacion castellana, temia menos á los moradores de la tan tristemente célebre península, que los temiera persona mejor informada y de Dios mas temerosa. A mayor abundamiento, dos volcanes abrasaban simultáneamente su pecho: el de la codicia de un tesoro, y el lúbrico brutal deseo de poseer la hermosura de Catalina. Y si un volcan basta para hundir en sus cenizas populosas ciudades, ¿podremos estrañar que las llamas de dos, combinadas, diesen al traste con el juicio de un bandido? No por cierto; y por otra parte, con estrañeza ó sin ella, no nos queda mas recurso que el de aceptar los hechos tales como en realidad acontecieron, que fué como á referir vamos.

Cuando ya en el bosque y al pié de un árbol gigantesco, cayó prostrada al rigor de su cansancio la delincuente esposa del asesinado encomendero de Acama, no muy lejos de ella, y al abrigo tambien de otro árbol guarecido, estaba Corta-orejas, mohino y mal trecho como todos allí, pero fijo siempre su mal pensamiento en la mujer y en el oro, y buscando ansioso un medio cualquiera que de ambos objetos le hiciese dueño.

Una hora ó mas duraria el vertigo de Catalina, y durante aquel tiempo, combinándose el remordimiento con la memoria y la prevision, hiciéronla padecer sin misericordia, mas tormentos que caben en un siglo de infierno; porque al lado de la amenazadora sombra del ultrajado esposo, aparecíase la persona simpática de D. Alonso de Avila, apasionado, y jóven y rendido; y juntamente con esas dos

figuras, al cabo nobles, la asquerosa del bravo, tendiendo á la víctima sus infames brazos; y donde quiera que la infeliz volviese la vista, hallábase con su crimen escrito en la sangre que del pecho de Juan Ponce brotaba en raudal copioso, y con su dicha perdida en la amarga sonrisa del engañado primer amante, y con su ignominia y muerte en la cínica feroz expresion del rostro de Corta-orejas. Una hora, decimos, pasó de esa manera Catalina, sin fuerza de razon bastante para dominar su escitada fantasía, y no de tal modo por el delirio poseida, que desconociese su posicion verdadera. Una hora fué aquella, como las de Prometeo; una hora durante la cual, á su sabor y sin misericordia, desgarró Satanás las entrañas de la mujer predestinada á las eternas llamas.

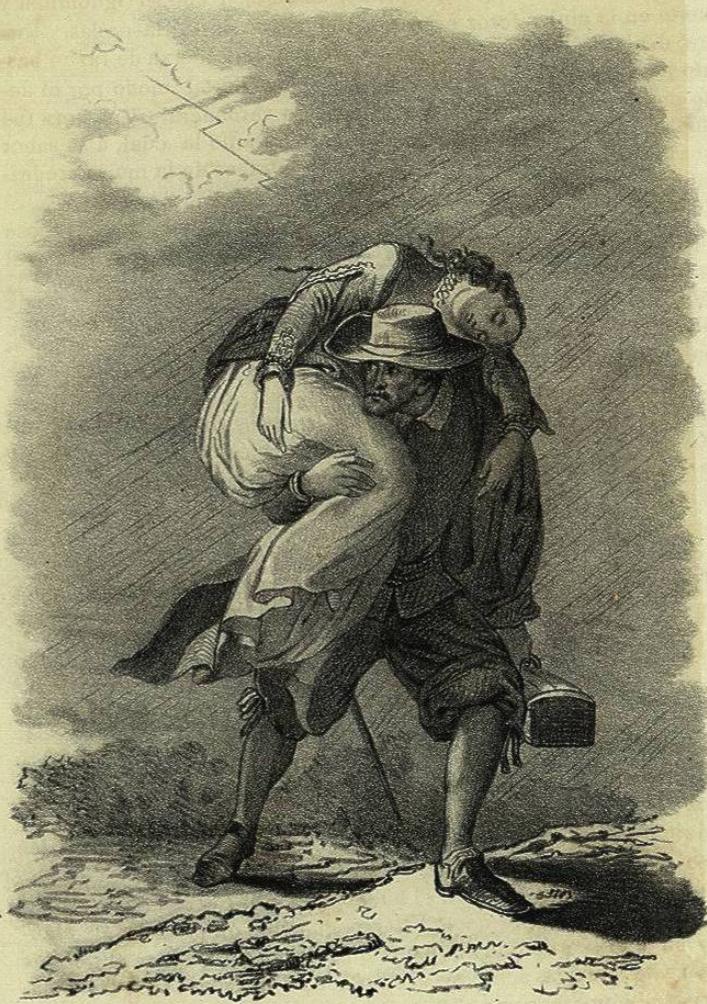
Durante ese tiempo la tempestad estaba en su apogeo, sucediéndose con rapidez prodijiosa unos á otros el resplandor del relámpago, el estampido del trueno, y el fulgar de las centellas que el seno de la atmósfera, injentes, desgarraban. El mar, bramando iracundo, estrellábase contra la desnuda costa; crujian desgajándose los árboles; silbaba el huracan en los peñascos; y en una palabra, dijérase que iba el universo á desquiciarse.

Sin duda, envuelto en el aliento de la tempestad, dejó el bátraco profundo, donde reinar presume su vanidad loca cuando en realidad es solo instrumento de la justicia divina, el rebelde querube, para infundir en el alma, ya suya, de Corta-orejas, el inicuo valor necesario á meditar friamente un doble crimen en tales momentos.

—Ahora (pensaba el bandido ó decíale Luzbel), ahora que está desmayada, y nadie piensa mas que en sí propio, ahora es la ocasion de apoderarme de esa mujer y de su tesoro, sin que haya quien se me oponga, ni ella con importunas voces me descubra.... ¡Y qué haré despues!... ¡Bah, bah! despues.... Despues, cuando la cosa no tenga remedio, la dama, en vez de hacer la melindrosa, comprenderá que le trae mas cuenta conformarse con su suerte, tenerme contento, y hacer de mí su protector, su marido.... Nos iremos al Perú, donde nadie nos conoce, y viviremos honradamente, como ricos que somos.... Rico y honrado, todo es uno.... Animo, pues, Corta-orejas; ánimo y no dejes que se te escape tan calva ocasion de entre las manos.

En virtud de tal racionio, el bueno de Corta-orejas, aprovechando solícito el resplandor de un relámpago, si no quizá la luz de alguna llama del infierno que el demonio para guiarle hiciese salir de las entrañas de la tierra, acercóse al sitio donde yacia la infeliz Catalina, echóse al hombro como si fuera inanimado fardo, y tomando en la mano izquierda el paquete de las joyas y dinero, deslizóse, como el lobo cuando hizo presa en desdichado corderillo, de árbol en árbol, y de quiebra en quiebra, hasta la distancia de un cuarto de legua, tal vez, del paraje en que los demas navegantes quedaron.

La Conjuracion de Mexico.



RAPTO DE CATALINA